

“Mi doctrina no es mía, sino de quienes me enviaron” (Juan 7:16):

la pedagogía del maestro interior

“My doctrine is not mine, but those who sent me” (Jo 7, 16):

the pedagogy of the inner master

Fecha recibido: 26/05/2025 - Fecha publicación: 9/07/2025

Luis Rian Martinez¹

Resumen

La actitud de Jesús al enseñar a las multitudes, revela —aún más— un aspecto pedagógico-mistagógico que va más allá de simplemente ayudar a grandes multitudes a reflexionar sobre actitudes morales y éticas. Cristo, enviado por el Padre a través del Espíritu Santo, también se revela a los hombres en su interior. Para Agustín, el hombre posee en sí mismo al Maestro interior y, para despertarlo, basta con interrogarlo. Este es el papel del catequista. Debe guiar al catecúmeno a buscar en su interior razones para creer, y a creer en toda la Economía de la Salvación.

Palabras clave: Pedagogía, Mistagogía, Salvación, Interiorización, Signos.

Abstract

The attitude of Jesus teaching the crowds about the boat reveals, even more, a pedagogical-mystagogical fact than just helping large crowds to reflect on moral and ethical attitudes. Christ, sent by the Father, through the Holy Spirit, also reveals himself to men in his great interior. For Augustine, man has the inner Master within himself and, to awaken him, all he has to do is ask him. This is the role of the catechist. It must lead the person being catechized to search within for reasons to believe and believe in the entire Economy of Salvation.

Keywords: Pedagogy, Mystagogy, Salvation, Internalization, Signals.

¹ Teología y filosofía, Facultad Católica de Pouso Alegre; Posgrado en Catequesis y Pedagogía Catecumenal, Facultad Vicentina de Curitiba -PR, Brasil. Correo electrónico: rian2016luis@gmail.com

Introducción

La persona de Jesucristo es la gran *imago Dei*; de esta manera, quien lo ve, ve al Padre mismo (Jn 14,9), los demás seres humanos son invitados y llamados a vivir la imagen que son de Dios viviendo de manera semejante a Jesús (Mesías; Cunha, 2020, p. 63), porque el ser humano fue creado del humus de la tierra (Gn 2,7) y desde el pecado original comienza a vivir como ser libre, pero también pecador.

Cristo, imagen de Dios y enviado por el Padre, al revelar su doctrina, afirma que no es suya, sino de Aquel que lo envió (Jn 7, 16). El misterio de la catequesis es precisamente este: lo que el catequista enseña no es su doctrina, sino la de Aquel que se reveló para la salvación de los hombres. A veces resulta contradictorio pensar que quien transmite conocimiento no enseña lo que sabe, sino lo que lleva dentro, pero esta es la verdad. Quien transmite lo que sabe no necesariamente crea su doctrina, sino que, a través del Maestro interior, libera lo que había en su alma.

La pedagogía del misterio interior consiste precisamente en comprender que el misterio más grande está dentro de cada ser humano; parafraseando a Agustín, esto es: “el Maestro interior está dentro de cada hombre”.

Para que la catequesis sea verdaderamente una iniciación cristiana, toda su actividad se dirige a ayudar a los catecúmenos a tener una verdadera experiencia con Dios. El papel esencial del catequista no es cuestionar su propia doctrina, sino despertar en sus discípulos la construcción lógica de la Iglesia y la fe.

La pedagogía del Maestro interior, más que un simple “estar en el otro”, es un hecho de revelación: en Cristo, el Padre es conocido y, mediante la fe, el hombre es el revelador de su propia inteligencia. Con la sugerencia de que Cristo actúa en nosotros, es necesario comprender los elementos parciales de la catequesis actual, comprendiendo sus desafíos y, quizás, sus deseos de competir por el podio con la pedagogía. De hecho, ¿qué es más necesario: la pedagogía o la mistagogía? Es necesario, por consiguiente, alcanzar las respuestas definitivas de una Verdad que despierta y se revela.

Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió» (Jn 7,16): la pedagogía del maestro interior como dato revelado

Cuando Jesús sube a la Fiesta de los Tabernáculos (Juan 7), no va solo para enseñar, sino con la intención de demostrar que Él es el Cristo, el Hijo de Dios. Se revela en el hombre para que, imbuido de su luz, pueda salir a difundir la buena nueva. Dios se revela cuando puede; el problema reside en las limitaciones de cada ser humano. El hombre siempre tiende a abandonar la luz alcanzada, cubriéndola

con el olvido u oscureciéndola y pervirtiéndola con deformaciones. La Biblia, y más objetivamente el Evangelio de San Juan, se apoya precisamente en el milagro de la Escritura —que supera el tiempo y rompe con todo particularismo de la circunstancia inmediata—, constituyendo la objetivación privilegiada (Queiruga, 2010, p. 455).

El prólogo del Evangelio de Juan (1,1-18) es una especie de introducción que presenta, de forma sintética, lo que sucederá después. El personaje central es el Logos, la Palabra de Dios revelada a los hombres como medio de instrucción (DV). Este logos es el mediador entre Dios y el mundo: Dios se hace presente en Él, Él es Dios. El Logos es la vida de Dios que brilló en medio de la oscuridad, pero los hombres, en su totalidad, no recibieron esta luz, esta inspiración interior. El Logos se identifica con Jesús de Nazaret. Este Jesús, presente entre los hombres, exige una respuesta. Hay que creer en Él para convertirse en hijo de Dios. Todos los que creen en el misterio del Maestro interior son, por tanto, capaces de constituir la Iglesia.

Barth dice que [...] la revelación es la "palabra de Dios" en la Biblia, todo lo demás es otra cosa. Así, cierto tipo de revelación o cierta concepción de ella se convierte en un paradigma único, que excluye a todos los demás. [...] La revelación lo es todo: desde el rito, en el que se presencia la acción divina primordial, hasta el mito, que convierte la experiencia de lo sagrado en una expresión fabulosa. (Queiruga, 2010, p. 25)

El paradigma de la revelación es único y, al mismo tiempo, lo es todo. De esta manera, Cristo es el protagonista de toda su catequesis, porque el cristocentrismo también significa que, a través de la catequesis, se desea transmitir no a cada uno su propia doctrina ni la de ningún maestro, sino las enseñanzas de Cristo mismo (CT, N.º 6), Aquel que estaba en la barca enseñando y pronunciando sus modos de actuar y sirviéndose de la persona de su Padre.

La doctrina del Maestro no es un conjunto de verdades abstractas, sino la comunicación perfecta del Misterio vivo de Dios (CT, N.º 7). Él lo hace, pero también enseña en nombre de Aquel que lo envió y que es la Sabiduría por excelencia. El conocimiento llega a través del hombre cuando, con él, se añade la autenticidad absoluta. Es necesario, por tanto, que el ruah cristalice en darbar, es decir, es necesario que el aliento del Señor, en cada hombre, se transforme en gestos, palabras y acciones en sus actitudes. El maestro, sin embargo, despierta a su discípulo.

El Χριστός es la figura real y tangible de la revelación de Dios y, por lo tanto, todas sus palabras superan el nivel de trascendencia. Cuando se inclina y afirma que «la doctrina no era suya» (Jn 7,16), necesariamente muestra su

humildad ante todos. La calidad del que enseña supera en todos los aspectos a la de los maestros de Israel, en virtud del vínculo único que existe entre lo que dice, lo que hace y lo que es (CT, N.º 7). Pero los Evangelios no dejan de ilustrar todos los momentos en que Cristo enseña; de esta manera, san Juan distingue los polos de la misión pedagógica del Maestro.

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de partir de este mundo hacia el Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo (Jn 13,1). Para el autor del cuarto evangelio, *los doce* son el paradigma, el modelo de los verdaderos discípulos; son los discípulos como tales. Son los representantes de los fieles. Son entregados a Jesús por el Padre (6,39). Es a ellos a quienes Jesús les entrega todo su amor. El Espíritu Santo sería recibido por ellos y por todos los que creyeran. Jesús se revela entonces a los discípulos y, con esto, a todos. Todos están invitados a ser discípulos de Jesús. Para ello, es absolutamente necesario permanecer íntimamente unidos al Maestro.

Así se comprende que, a lo largo de dos mil años, en todas las lenguas de la tierra, hombres de toda condición, raza y nación le hayan dado este título, con veneración, repitiendo a su manera la exclamación de Nicodemo: «Sabemos que has venido de Dios como Maestro» (CT, N.º 8).

Este Jesús, la verdadera vida, el Buen Pastor que, como el grano de trigo (Jn 12,24) arrojado a la tierra, muere para dar la vida por sus ovejas, quiere reunir a todos los hijos de Dios en una sola Iglesia (Jn 11,52), en un solo rebaño (Jn 10,16). Por eso murió. Y su deseo es único: que todos alcancen la unidad. El mundo necesita la unidad de la Iglesia para conocer el amor de Dios en Jesucristo, la acción que revela el misterio.

El Maestro enseña a lo largo de su vida mediante la plenitud de su gran misterio salvífico. La acción salvadora comienza en Él y termina en Él, por lo que el crucificado es una de las representaciones más sublimes y populares de lo que Él nos enseña (CT, N.º 9). Que todas estas consideraciones, que siguen la estela de las tradiciones de la Iglesia, fortalezcan en los hombres el fervor por Cristo, el Maestro que revela a Dios a los hombres y revela al hombre a sí mismo. “Solo en profunda comunión con Él los catequistas encontrarán luz y fuerza para una deseable y auténtica renovación de la catequesis” (CT, N.º 9).

Desde la experiencia orante de Israel hasta la oración de la Iglesia hoy, pasando por el «Enseñanos a orar» (Lc 11,1) de los apóstoles, toda la tradición ha comprendido muy bien que la oración también se aprende, que la encontramos como ofrenda en la Escritura, y que, a su manera específica, es también la palabra de Dios [...] la contribución humana para captar, articular y expresar el impulso revelador que proviene de Dios. (Queiruga, 2010, p. 63)

La contribución del hombre a la revelación es precisamente entregarse para que pueda seguir el despertar en Cristo. La revelación es un don de Dios y una obra de la Trinidad (DV, N.º 2), por lo que el Padre es conocido en Cristo. "A Dios que revela [...] todo el hombre se entrega libremente a Dios, ofreciendo "a Dios revelador la plena sumisión del entendimiento y la voluntad" mediante el asentimiento voluntario a su Revelación" (DV, N.º 5). Mediante la fe, el hombre asiente voluntariamente a la revelación de Cristo; la fe no es más que la relación de la criatura con su Creador. Es mediante la revelación que Dios se manifiesta y se comunica a sí mismo y los decretos eternos de su voluntad respecto a la salvación de toda la humanidad.

Jesús es el factor fundamental y fundador de la revelación; por medio de Él esta se realiza, incorporando en sí misma la esencia del esfuerzo humano. Cristo es amor (Jn 4,19) —el imperativo categórico del siguiente capítulo— y mediante el amor se realiza su misterio. Cristo, en su pedagogía, sitúa al hombre en intimidad consigo mismo. El Maestro por excelencia conduce al hombre al amor del Padre en la acción pneumatológica. En la persona de Cristo se realiza todo el plan eterno de Dios. Es necesario procurar comprender el significado de los gestos, palabras y signos que realiza, ya que son los que ocultan y revelan, a la vez, su misterio (CT, N.º 5).

Elementos parciales de la pedagogía de la iniciación cristiana: transmitir preceptos y exhortar sin descuidar el imperativo categórico de Cristo

El objetivo de la Iniciación Cristiana, como proceso catequético, es tener una experiencia personal con Dios, el Totalmente Otro, el Trascendente que se revela y que está en la vida de las personas a través de una inmensa misericordia.

Los procesos catequéticos del pasado, que aún se utilizan hoy, no favorecen esta experiencia. Fueron diseñados para otros fines, como combatir la ignorancia religiosa mediante la transmisión de la doctrina (Catecismo de Trento) o buscar las razones de la fe (catequesis modernista). Se necesita una reformulación capaz de presentar nuestra fe de forma atractiva, no como una imposición o herencia social, sino como una propuesta que se acepta o rechaza libremente (Santos, Carmo, 2017, p. 565, cursiva y añadido del autor).

"Esteban, lleno de gracia y fortaleza, no cesaba de enseñar, movido por la sabiduría del Espíritu" (CT, N.º 11). De esta manera, quien enseña —el catequista— debe enseñar imbuido del aliento del Espíritu e impulsado por el amor, que es Cristo en persona. El primer elemento parcial de la pedagogía cristiana es el imperativo categórico de Cristo: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado" (Jn 13,34), pues es él quien nos guía hacia la santidad.

La vocación universal a la santidad enfatiza que tiene su origen en Cristo y se extiende a todos. La santidad es un don dinámico que debe crecer, pero solo será completo al final de los tiempos (LG, N.º 40). En consecuencia, todos están llamados a la santidad. El cristiano, en cualquier posición que pueda estar en el Cuerpo de Cristo, debe ser santo. Es el papel del hombre dar testimonio, a través de su vida, de que vive una vida de santidad (LG, N.º 41). El amor, que se resume en *martyria*, es la virtud esencial para la santidad y, por ende, todos están invitados a ser santos en su estado de vida. En este sentido, el catequista tiene el deber de desarrollar en la persona que está siendo catequizada un sentido de pertenencia a la Iglesia, educándola en el sentido de la comunión eclesial (DpC, N.º 89).

La catequesis, además de ser kerigmática, es una iniciación mistagógica-pedagógica que requiere buenos guías y, quizás, buenos materiales. La iniciación cristiana no se basa únicamente en las Sagradas Escrituras —por supuesto, y con respeto, la Escritura tiene su lugar—, sino que el Magisterio de la Iglesia, a la luz de las páginas sagradas, también proporciona elementos parciales que son claves para comprender el Misterio de Cristo como doctrina revelada por el Padre.

Por el bautismo, todos tienen derecho a recibir de la Iglesia la enseñanza y la formación que les permitirán llevar una verdadera vida cristiana, desde la perspectiva de los derechos humanos. Todo catecúmeno tiene derecho a buscar la verdad religiosa y a adherirse a ella libremente, es decir, sin coacción alguna (CT, N.º 14). Por esa razón, la catequesis tiene la facultad de realizarse en circunstancias favorables al tiempo y al lugar, con acceso a los medios de comunicación social y con la provisión de un trabajo adecuado, sin discriminar a los que son *diferentes*.

Por otra parte, la catequesis nunca puede disociarse del conjunto de las actividades pastorales y misioneras de la Iglesia (CT, N.º 18). La Iglesia, junto con la catequesis, constituye el espacio educativo de la fe para niños, jóvenes y adultos. La función principal y primordial del ministerio catequético es transmitir la doctrina e iniciar a la persona en el camino de la fe para conocer las doctrinas.

Tras los elementos parciales de la Iniciación Cristiana, otro hecho de suma relevancia es la «primera proclamación del Evangelio o predicación misionera —kerigma— para despertar la fe, la apologética o la búsqueda de razones para creer; la experiencia de la vida cristiana» (CT, N.º 18), porque quien cree, cree en algo, y esa cosa es, por excelencia, Aquel que una vez fue enviado y revelado a las naciones. De ahí que, tras los elementos parciales, la proclamación del Evangelio, o la primera proclamación, para la comprensión de los catecúmenos sea de suma importancia.

Ayudar a las personas a experimentar a Dios como totalmente Otro, pero a la vez totalmente cercano y presente en nuestra historia a través de Jesús, surge como la misión principal de la catequesis hoy. La fe cristiana ya no puede sobrevivir en las circunstancias actuales si no se asume como una convicción personal y

libre. La fe heredada de nuestros padres ya no garantiza nuestra fe. Antes de ser transmitida, esta exige su carácter de proposición que debe ser libremente asumida o rechazada. Santos y Solange, 2017, p. 565)

La fe, necesariamente adquirida y memorizada mediante la asimilación de doctrinas, necesita hoy ser actualizada por la fe libremente asumida, fruto de la íntima relación entre el Creador y la criatura. Es la fe que el catequista despierta en lo externo y que el Maestro interior toca en el alma. Así pues, ningún catequista está autorizado a hacer, por su propia autonomía, una selección en el *Depositum Fidei* entre lo que considera importante y lo que considera insignificante, para enseñar lo importante y rechazar lo demás (CT, N.º 30). El catequista debe propagar lo que está inscrito en las páginas sagradas y en los textos de la columna de los Apóstoles.

Sumando las parcialidades de la Iniciación Cristiana, surge, como necesidad y aporía, el imperativo categórico de Cristo, arraigado por Agustín: el amor. "Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él" (1 Jn 4,16). Él comunica su Verdad a los hombres y estos, conmovidos por el Maestro, salen a proclamar la buena nueva. El conocimiento no puede despertarse inhibiendo el imperativo categórico; de hecho, Cristo, en persona, es el imperativo.

En el mundo agustiniano, la educación cumple su función cuando ayuda al hombre a alcanzar el estado espiritual y a permanecer allí. Es tras comprender la Escritura que nace el cristiano, por la voluntad de Dios y la acción del Espíritu (SALES, 2021, p.p. 34-35). Por la voluntad del Padre y la acción del Espíritu comunicante, la Verdad comunica la verdad, dejando de transmitir la doctrina del Padre para adoctrinar el interior de los hombres terrenales.

La verdad que comunica (Ct. N.º 6) y el despertar del catecúmeno como destinatario del proceso catequético - Aportación agustiniana

Cuando se trata de las cosas que percibimos con la mente, es decir, a través del intelecto y la razón, hablamos de lo que contemplamos como presente en la luz interior de la verdad, por la cual el llamado hombre interior se ilumina y disfruta. [...] Quien nos escucha, si contempla estas cosas con su ojo interior y sencillo, sabe de qué hablo en virtud de su contemplación [...] Así las cosas, no enseñó a esta persona, que contempla cosas verdaderas, diciéndole cosas verdaderas, pues no aprende de mis palabras, sino de las mismas cosas que Dios le revela internamente. (Agostinho, 2017, p. 103, cursiva del autor.

Las razones inmediatas por las que un catequista es llamado a servir la Palabra de Dios son muy variadas, pero todas son mediaciones; Dios, a través de la

Iglesia, se vale de sí mismo para llamarnos a su servicio. Mediante este llamado, el catequista se hace partícipe de la misión de Jesús de introducir a los discípulos en su relación filial con el Padre. (DpC, N.º 112, cursiva añadida)

Al ser puestas a prueba, ambas referencias señalan la importancia de que el catequista no enseñe, aunque diga verdades y su doctrina sea meramente suya. El catequista introduce al discípulo en su relación de hijo con el Padre; es decir, el mistagogo introduce al catecúmeno en el misterio, sabiendo que el único que lo guiará a la Verdad será el Maestro interior.

Aunque no se aclara en la paráfrasis, el modelo pedagógico-mistagógico que Agustín utiliza en las interpretaciones de la Sagrada Escritura conduce al hombre a un proceso de conversión, es decir, a una catequización centrada en los moldes de la Sagrada Escritura para la conversión. El hombre se conmueve por aquello que disfruta; en otras palabras, es aquello que le hace feliz, y, una vez más, el obispo señala su modelo educativo-catequético, donde la educación conduce a la conversión de los hombres, haciéndoles reconocer la felicidad plena.

La función del catequista es aplicar las doctrinas para que el alumno comprenda lo que se está haciendo, y por ello es un mediador del conocimiento. El maestro no puede imponer, es decir, no puede oprimir al catecúmeno; al contrario, lo anima a liberar lo que ya lleva dentro en busca de la sabiduría; esta, para Agustín, : “es una especie de luz inefable de la mente. La luz ordinaria, en la medida en que puede, nos muestra cómo es esa luz. Porque hay ojos tan sanos y vivos que, al abrirse, se fijan en el sol mismo sin ninguna perturbación”, como afirma en su tratado Soliloquios y la vida feliz (1998, p. 23).

El catequista, como lo hizo Agustín con su hijo Adeodato en la obra El Maestro, debe presentar al catecúmeno propuestas de pensamiento y de expresión del conocimiento en un proceso de adentro hacia afuera, porque, como ya se sabe, todo conocimiento está dentro del hombre, el otro es un mero medio para despertar lo que ya existe en el individuo, dándole la oportunidad de hablar, cuestionar y ejemplificar.

Al presentar una guía para ser un auténtico cristiano, Agustín cautiva a sus investigadores con un auténtico método de estudio, necesario, según él, para cualquier aprendizaje e independiente del momento en que se realice. El obispo de Hipona destaca la importancia del lenguaje, del conocimiento de la escritura y de las letras, de la necesidad de aprender aritmética, de comprender la música, de conocer las instituciones en las que y para las que se llevan a cabo ciertos estudios, y de conocer la lengua en la que se estudia.

El encuentro con Cristo involucra a toda la persona: corazón, mente y sentidos. No solo concierne a la mente, sino también al cuerpo y, sobre todo, al corazón. En este sentido, la catequesis, que ayuda a interiorizar la fe y, que a la

vez, aporta una contribución insustituible al encuentro con Cristo, no está sola en el camino hacia esta meta. Las demás dimensiones de la vida de fe contribuyen a este objetivo: la experiencia litúrgico-sacramental, las relaciones afectivas, la vida comunitaria y el servicio a los hermanos, todos ellos elementos esenciales para el nacimiento de la nueva persona. (DpC, N.º 76)

Para la enseñanza agustiniana, el legítimo artífice de la educación es Dios, quien atribuye todas las dignidades al hombre, pues "comencemos a comprender cuán cierto es aquello que fue escrito por autoridad divina: que en la tierra no llamamos a nadie maestro, pues el único Maestro está en el cielo" (Agostinho, 2017, p. 111). Si Dios contemplaba al estudiante en todas sus alternativas naturales, nada que se refiriera a la verdad y al bien podría lograrse sin la ayuda divina gratuita, ofrecida en forma de gracia. Sin embargo, el hombre se dejó seducir por las exigencias de los bienes externos, que intentó conquistar y preservar para garantizar lo que se entendía como seguridad, felicidad y placer. Así, el obispo expresó la fragilidad humana para conquistar el bien mayor y disfrutar de los beneficios que de él se derivan (Melo, 2010, p. 418-419).

La verdad que Cristo comunica en cada persona hace que su acción salvífica y la acción del Espíritu Santo revelen al hombre, concretamente, quién es Dios. Él es el Padre de bondad y la fuente de toda vida y santidad; es un Trascendente que se revela y se comunica: se revela en Cristo, su Hijo, el Verbo hecho carne, y se revela en el Espíritu, el amor [imperativo categórico] y la comunión del Padre y del Hijo, por la cual Dios entra en comunión con los hombres y los ama (CR, N.º 201).

El catecúmeno debe despertar para encontrar su propia felicidad —la meta última de todo ser humano— y para comprender las obras maravillosas del Señor (Sal. 111). "Veo que no hay felicidad para el hombre, sino alegrarse de sus obras; esa es su porción" (Ecl 3,22). Por esta razón, el individuo debe regocijarse en todo lo que hace, movido por el Espíritu Santo y tocado por el Maestro interior, Filius in persona.

El catecúmeno es el sujeto pasivo de todos los datos de la mistagogía-pedagogía de la catequesis y, por ello, debe responder a todo esto dejando que la luz emerja de sus ojos, lo cual implica reconocer que todo el proceso catequético fue creado para él. Gilson afirma: "Una es la luz que sienten los ojos, otra es aquella por la que los ojos son capaces de sentir, y esta segunda luz, que vela por el interior, es la propia del alma" (2007, p. 138). Además del brillo de los ojos, la fe, a través de la luz interior, vela por su propia alma.

Creados por Dios, los seres humanos fueron dotados de libre albedrío; es decir, tienen la capacidad de decidir, elegir y determinar lo que hacen, por lo que deben ser sujetos autónomos de su propia catequización con la ayuda de maestros externos. Dios, como Ser Supremo, hizo posible esta capacidad para que los seres

humanos pudieran seguir el camino natural de poder regresar a su creador por sí mismos, libremente y sin determinaciones. Dios educa al hombre en su finitud y el catequista se educa a sí mismo y educa a su prójimo; es decir, el catequista también es educado. En este proceso mistagógico, nadie es capaz ni está dotado de la verdad por sí mismo, porque la verdad es única y solo conduce al camino de la felicidad.

Si la catequesis pretende ser verdaderamente iniciática a los ojos de quienes se asimilan, toda su actividad debe estar orientada a ayudar a los catecúmenos a tener la experiencia cristiana de Dios; incluso la exposición de algunos contenidos, parte integral de la catequesis, adquiere una nueva forma. En la catequesis escolar, la exposición de temas de fe busca la comprensión del contenido, es decir, el conocimiento, mientras que en la catequesis iniciática, todo el contenido de la fe se engloba en la experiencia cristiana, en el encuentro interior con el Resucitado (Santos; Carmos, 2017, p. 570).

“Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió” (Jn 7,16) es precisamente mostrar que el Padre, Aquel que envió a su Hijo, estableció primero la doctrina y hoy – hoy en día – muchos catequistas reconstruyen las doctrinas del enviado para facilitar los medios de comprensión a los catequizados, no con la intención de disminuir la grandeza y la gracia de Cristo, sino con el objetivo de señalar, junto con sus doctrinas, las obras del tiempo presente.

La Verdad que comunica hoy es, por excelencia, in persona. Comunica su Verdad en el alma de cada persona presente en la catequesis y, ojalá, también fuera de ella. La salvación es para todos y no de forma exclusiva. Es necesario, por tanto, vivir la felicidad y la fidelidad a Dios y al pueblo, para evitar cualquier separación u oposición. El contenido de la catequesis, al ser objeto de fe, no puede someterse indiscriminadamente a ninguna doctrina, método o contenido (DpC, N.º 194).

Consideraciones finales

La formación humana es un movimiento perenne, por lo que el modelo pedagógico-mistagógico no debe pensarse únicamente desde una perspectiva metódica, sino también de un modo diverso, es decir, a través de los simples actos de educación que emana la existencia social sin la búsqueda del bien o del mal, sino simplemente educación para el desarrollo humano en búsqueda de la verdad, porque quien encuentra la verdad encuentra la felicidad —que es Dios— y todo conocimiento conduce a Dios.

Cuando Cristo afirma que su doctrina no es suya, sino de Aquel que lo envió, llama la atención de todos los catequistas, reafirmando, una vez más, que el catequista no posee una doctrina prefabricada, y mucho menos una sabiduría

perfecta, ya que la única Sabiduría Perfecta que posee la humanidad es la de Cristo Cabeza. La pedagogía de la interioridad se da precisamente porque la condición humana es limitada y, en consecuencia, imperfecta. El Maestro interior lleva a cabo la pedagogía de la interioridad; sin embargo, por excelencia, enseña de nuevo, tal como lo hizo con los discípulos y tantas otras multitudes.

La pedagogía de Cristo, en el hombre, reside en el otro y es la revelación misma. En Cristo, el catequista, junto con su maestro, se conoce al Padre, y mediante la fe, despertada en cada joven, el hombre revela su inteligencia, que es limitada. Cristo actúa en la humanidad mediante sus gestos y palabras, pero aún más, en cada esencia.

Pedagogía y mistagogía van de la mano, siendo conscientes de que la mistagogía se agota en el misterio de la Salvación que se realiza en la transubstanciación, es decir, en la sagrada liturgia.

Finalmente, concluyendo la línea de pensamiento, el recorrido histórico de Agustín es también uno de los medios para la catequización contemporánea; es decir, las notas que se dieron en la época de Agustín: el contacto con la gente, con las Escrituras y con el obispo, son contactos que los catecúmenos de hoy tienen con los maestros y con la sociedad. Se puede concluir que el catequista no tiene la oportunidad de introducir el conocimiento; es solo un mediador. El conocimiento de Dios ya está en el hombre —una cuestión antropológica—; basta con despertarlo.

El Χριστός es, ayer, hoy y siempre, el principio rector de toda catequesis sistemática y catequética. Él es el maestro que toca las heridas de cada persona, así como Tomás debe tocar las suyas (Jn 20,24-31).

Referencias

- Agustín, H. (2017). *Confesiones*. Trad. Lorenzo Mammì. Nueva York: Penguin Classics.
- Agustín, H. (2017) *Sobre el Maestro*. Trad. Felipe Denardi. Campinas: Kíron.
- CNBB. (2019). *Santa Biblia: traducción oficial*. Tercera edición. Brasilia: Ediciones CNBB
- CNBB. (1983).
- CNBB. (1983). *Catequesis renovada: pautas y contenidos*. São Paulo: Paulinas.
- Documentos de la iglesia. (2001). *Constitución Dogmática Dei Verbum sobre la Divina Revelación*. São Paulo: Paulinas.

Gilson, É. (2010). *Introducción al Estudio de San Agustín*. Traducido por Cristiane Negreiros. São Paulo: Paulus.

Juan Pablo II. *Exhortación apostólica Catechesi Tradendae*.

https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/pt/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_16101979_catechesi-tradendae.html

Messias, E. Cruz, Dom Pedro Cunha. (2020). *El Evangelio Social: Manual Básico de la Doctrina Social de la Iglesia*. São Paulo: Paulinas.

Melo

Patativa, A. (2028). Preparación para la vida, preparación para la muerte: Pedagogía y catequesis en el De catechizandis rudibus de San Agustín. *Problemata, Revista Internacional de Filosofía*, 9(2), 161-187.

Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización. (2020). *Directorio para la catequesis*. Brasilia: Ediciones CNBB.

Queiruga, A. (2010). *Repensar la revelación: la revelación divina en los logros humanos*. Trans. Alfonso María Ligorio Soares. São Paulo: Paulinas.

Santos, Á. y Solange, M. (2017). Desescolarizando la catequesis. *Revista Pistis & Praxis: Teología y Pastoral*, 2, p.p. 557-583, abril/mayo.

ISSN: 2665-4369

Argumenta Biblica Theologica

Revista de Teología y Estudios Bíblicos

